II

—"Sener, por la Virgen Santa, no cantes quien quier que seas; que hoy mi amante Fernán Gómez, tornar debe de la guerra; y ó creerá que le traiciono ó mi amor buscas á fuerza, y no quiero que se entinte con sangre humana esta acera! Quiera Dios que no te encuentre, quiera Dios que no te vea!"
—"Le aguardo, dijo D. Juan y, si quiere Dios, que venga!"

III

Se cierra el postigo... Entona
Don Juan sus tristes endechas...
Pasos suenan... llega un hombre
y arremete en cuanto llega.
Se oye el chasquido del hierro;
muerto Don Juan cae en tierra,
y "yo la he visto" balbute,
el matador... "mi Luz era!
"Que Dios te guarde, perjura!
grita, y la tizona cuelga,
¡y de Doña Luz se pierde
para siempre en las tinieblas!

Mérida, febrero 27 de 1887.



TAIDE

1

Ferrán de Góngora vive en un vetusto castillo: con Pedroza su escudero, y con Iñigo su hijo. Bajaba el sol una tarde del ocaso á los dominios entre nubes de escarlata v tras un bosque de pinos, cuando sentado Ferrán, puesta la diestra en un libro, al mancebo que escuchaba de pie, con aspecto digno, le decia estas palabras en rudo acento y tranquilo: -"Yo sé que lo sé de cierto, y no me lo niegues, Iñigo,

mi podrás nunca negarlo.

—No sé mentir, padre mo

—Mientras aliente mi pecho,
mientras albergue un suspiro,
no has de casarte con l'aide...;
Jamás! mientras yo esté vivo!
Y cuando la tierra culra
mi mortal despojo frio,
entonces dale tu nombre,
lleva á cabo tu designio;
conduce á Taide ante el ara,
pónle allí el nupcial anillo;
pero mientras viva, ¡nunca!
¡Jamás, mientras yo esté vivo!

—Padre.

—Nunca me preguntes ni la causa ni el motivo. Y en diciendo esto Ferrán se le puso el rostro lívido. (El autor de este romance supo, por un manuscrito, que fué del padre de Taide Ferrán, mortal enemigo; pero averiguar no pudo ni la causa ni el motivo, tal vez por la mala letra y la edad del pergamino.

II

Iñigo estaba en la calle, y en un balcón el divino rostro de Taide asomado por el hueco del postigo. Guardaba al viento las últimas dulces palabras de Iñigo, cuando con acento trémulo la hermosa dama le dijo:

-No es verdad, mienten los labios que me dijeron prodigios, ni eso pensó vuestro padre ni vuestro padre lo ha dicho. Ni nunca me habéis amado. ni me tuvisteis cariño, que fueron vuestras promesas invenciones ó capricho... —Os lo juro por mi vida, Taide, os amo; os lo repito; esperad y amadme; el tiempo de mi amor será el testigo! Se ovó de una alma el sollozo, se ovó de una alma el suspiro, pasó un instante... Más largo no pasa rodando un siglo! Nada interrumpió el silencio, como el del sepulcro mismo, pavoroso, mortal, lúgubre.... Y cerró Taide el postigo.

III

—Pedroza, tú me has contado que en este viejo castillo, como alma en pena, vaguea la sombra de aquel judio, que, con mal danado intento, v con oro mal habido, puso la primera piedra y fabricó el edificio. —Es verdad, dijo Pedroza, y tembló cuando lo dijo, hace apenas cuatro noches cruzar el huerto le he visto. -Toma mi arcabuz, Pedroza, ponte en guardia en tu postigo, v dale muerte á la sombra, que no es sombra, te lo afirmo. -; Libreme Dios! -Yo lo mando.

—Libreme Dios!

-Yo lo exijo.

Que no te tiemble la mano cuando toques al gatillo!—
Dobló Pedroza la frente, fué á un rincón, tomó un antiguo arcabuz, de la mejor fábrica, modelo rico, y, sin más abrir el labio, con el paso decidido, salióse del aposento sin mirar siquiera á Iñigo.

1V

Apenas daba la una en la torre del castillo, cruzó una sombra en el huerto v se oyó sonar un tiro... saltó Ferrán de su lecho, se oyeron pasos y gritos, bajaron todos al huerto en masa y despavoridos: envueltos en anchas capas todos, con linternas, tímidos, rodearon un negro bulto sobre un arriate caído. ¿ Quién le arrancaba el embozo al cadáver del judío? Ferrán de Góngora al cabo dió dos pasos decidido.... Tiró del fúnebre lienzo y, dando un horrendo grito, cayó extendiendo los brazos sobre el cadáver de Iñigo! -"El mandó que le matara, me engañó v así lo quiso! pues que me negué dos veces v dos veces me lo dijo," clamó Pedroza, y cayendo de rodillas y sombiio, llorando, llegó á sus labios la diestra helada de Iñigo

V

Bajo de un mármol reposan, juntos el padre y el hijo, y alli, cuando hiere el día del templo augusto los vidrios, hermosa como el dolor, pálida como los lirios, envuelta en fúnebres ropas, del alma y cuerpo atavio, llora su esperanza Taide, en dos abundantes ríos de dulce llanto, que bajan de su semblante divino, que bajan y en las junturas del mármol, como rocio, se filtran en el sepulcro que encierra al padre y al hijo!

Mérida, abril 6 de 1883.





FERRANDO

1

En un salón cuadrilongo de su soberbio castillo, fija la vista en un lienzo está Ferrando de Armijo. Cerca de él, su padre adusto, severo el rostro sombrio, centellante la mirada, el entrecejo fruncido, con voz que el pecho penetra como de un puñal el filo, con éstas ó semejantes palabras, así le dijo à Fernando que le escucha tembloroso y conmovido, llenos los ojos de lágrimas, mudo el labio, el rostro lívido. 11

(¿Oh, cuánto es bello en el alma, del bien, cuando se ha perdido, el recuerdo misterioso, el fantasma fugitivo!
Es que el bien se hunde en la nada; pero el amor de que vino, es eterno; que él no tiene ni sepulturas ni abismos!)

III

-No mires más el trasunto de esa deidad, hijo mío; pues que durante tu ausencia dió tu memoria al olvido. Unióse ante el ara santa con Juan de Rojas tu primo, v casóse por su gusto, que por su gusto lo hizo! -Te mienten padre, te mienten; vo por mi nombre lo afirmo. casóla con él, sin duda, diabólico maleficio, ó traición de Juan de Rojas á quien ella nunca quiso; á quien ella odiaba, padre, de su alma noble en lo intimo! Mentirme nunca pudieron

aquellos ojos divinos, ni la hechicera sonrisa de aquel labio peregrino. Ella en su noche de bodas murió; lo has dicho tú mismo: mas ¿por qué murió esa noche? Eso, padre, no me has dicho! Y si Juan no me lo explica, como yo lo necesito, con la espada que estás viendo he de matar á mi primo. Mira, padre, que aun estov con el polvo del camino; voy á dejar mis espuelas. voy á cambiar de vestido, y al sepulcro de mi amada vendrás, si quieres, conmigo, v allí sabremos si dió con mi memoria al clvido!

IV

Hay un libro que en el cielo de la esperanza está escrito, y en él escriben los muertos para que lean los vivos. Y en una página hermosa, inmortal de aquel gran libro, sin duda estaba leyendo su amor Ferrando de Armijo.

V

Bajaron de los sepulcros al pavoroso recinto: delante Aldaz, escudero de la casa, el más antiguo, llevando una hacha que alumbra con resplandores rojizos; luego un doncel enlutado, después el padre y el hijo.

Allí sobre un basamento, de berroqueño granito, el negro féretro estaba hecho de roble macizo. Ocho años hace que allí fué una tarde conducido, para que su último sueño durmiera en él un prodigio. Detuviéronse: Ferrando avanzó triste y sombrío, y en la mohosa cerradura se oyó un lúgubre chasquido!

V

Alzó Ferrando la tapa, miró los despojos fríos, y se anublaron sus ojos en espantoso vahído. Luego alzó la rica tela que amortajó el busto níveo de aquella que lo sedujo con su amor y sus hechizos; y vió, cuajada la sangre en el blanquísimo lino, y vió el ojal que dejóle, al traspasarlo, el cuchillo. Y vió, y su padre también lo vió, que en el mismo sitio en que late el corazón cuando late ardiente y vivo, se ocultaba un relicario, y en su marfil amarillo, el trasunto de un mancebo que era Ferrando de Armijo!

Mérida, junio 6 de 1883.





FRAY SERVAN

Ĩ

En el coro del convento está Fray Serván de Rojas, allí en el lugar en donde es más espesa la sombra, el silencio más profundo y la luz más pavorosa, y la soledad más lúgubre, y la tristeza más honda. Fija la vista en la imagen de una virgen dolorosa, en el lugar donde tiene clavada una daga toda; y es porque él siente en su pecho también una daga; otra como la que está mirando

Peón Contreras. -43

siempre inmóvil y filosa, que al corazón fibra á fibra le hace pedazos, le corta, le desgarra y le tortura día y noche, á toda hora. Y él tiene el puño en el puño de aquella daga.... y con loca desesperación eterna, quiere arrancársela, y nota que mientras más lo procura, más en su pecho se ahonda, y más se agarra y la herida se reverdece y se encona! Por eso clava los ojos en la imagen dolorosa, en el sitio en donde tiene clavada una daga toda!

II

En su celda solitaria está Fray Serván de Rojas, inmóvil como un espectro, triste como la memoria del bien perdido, del ángel que con mano cariñosa nos acaricia y el alma, el alma entera nos roba! Fray Serván abre la urna de una imagen dolorosa, y de entre el sutil cabello

que tras de la espalda flota de aquel busto inanimado, de un gran artifice obra, extrajo una extraña prenda, como un medallón ó cosa parecida, en marco de oro: la imagen encantadora de una mujer hechicera, que más cautiva que asombra: como virgen de Murillo, como creación portentosa de aquel pintor que aun se agita entre los muros de Roma: noche los ojos, obscura la cabellera abundosa. y la tez como alabastro que la luz del alba entona; la frente como la tarde melancólica y hermosa, como rosas las mejillas y los labios rosas rojas. Tal era la imagen bella. la miniatura asombrosa que Fray Serván contemplaba con la fija vista atónita, con el alma de rodillas. toda el alma, toda absorta: toda en recuerdos hundida, y bañada en llanto toda!!

III

Sobre un lecho, agonizante está Fray Serván de Rojas pálido como la muerte que con mano fría toca la frente, que guardó tantas ilusiones seductoras: y aquel corazón que tanto guardara una imagea sola, dulce como la esperanza, como el cielo luminosa. inmortal como el espíritu que de Dios su esencia toma. La comunidad entera está, en la celda mortuoria, rezando por el que en breve de esta vida irá á la otra!

IV now burter

Fray Serván guarda en su diestra, contraída y temblorosa, un objeto que en los frailes la curiosidad provoca; algo que mostrar no quiere, algo que su vista ansiosa, fascina, atrae y enciende en llamaradas fosfóricas,

como la luz de la lámpara que, luchando con las sombras, va á morir y á instantes arde fugitiva y poderosa.
En vano arrancarle intentan de entre los dedos su jova, rígidos como el acero tan duros como la roca.

V

Oue llega el último instante siente Fray Serván de Rojas, hace un esfuerzo suprenio, lleva su diestra á la boca; se oye un beso, de otros muchos eco de lejana nota: abre los ojos; el cuello sobre el noble pecho encorva, clava la tenaz pupila en aquella gentil copia de la belleza más grande que el amor puro atesora, y exhala el alma y la diestra antes tan rigida, afloja. La comunidad se acerca, confusa inquiere y, absorta, sólo mira entre los dedos del fraile muerto, la hoja de un marfil blanco y bruñido ¡sin un perfil, ni una sombra!

Y fué que envuelta en su alma misma, Fray Serván de Rojas, se llevó al cielo la imagen que era su amor y su gloria!

Mérida, abril 3 de 1887.





CRISTIAN

I

Está Cristián de Fuenfría con Doña Aldonza de Almeida, en una cuadrada torre de su antigua fortaleza.
Farfán González de Soria con cien peones la cerca: el uno por atacalla, el otro por defendella.
Farfán quiere á Doña Aldonza, que mano y amor le niega, y amor y mano pretende si no de grado, por fuerza.
Doña Aldonza que está sola, Doña Aldonza que está huérfana,

busca en Cristián á quien ama, consuelo, ayuda y defensa; y Don Cristián que la adora la encierra en su alma y la encierra en una cuadrada torre de su antigua fortaleza!

II

Nada más treinta peones tiene Cristián y con treinta vencer no puede al de Soria desde sus rotas almenas. Ouince días van corridos y no hay á la lucha tregua, y se merman los de adentro, y se merman los de afuera; pero ni merman los celos ni el amor ardiente merma. que vida á sus propias vidas le dan las vidas ajenas, y sus llamas que se apagan, nueva llama á sus hogueras: que hasta de la muerte misma medra el amor su existencia!

III

Y era una lúgubre noche por lo triste y por lo negra, y uno al pie de la muralla
y otro desde su obra muerta,
están hablando dos hombres
con voz enconada, seca;
y no tienen más testigos
las palabras de sus lenguas,
que Dios, que todo lo escucha,
las sombras de las tinieblas,
y el viento que se las trae
y el viento que se las lleva!
—Juro á Dios que he de tomarla.
—Tomarás sus duras piedras,
y los sombríos cadáveres
de mis soldados con ellas!
—Pero y tú...

—También el mío también el mío también el mío te espera....
—Pero el cadáver de Aldonza...
Aguarda... escucha...; Qué intentas?
Oye, Cristián, oye, ¿no oyes?
Pero Cristián no contesta.
Cristián se ha vuelto á su torre, de amor ebrio; el alma llena de esperanzas malogradas, de malogradas promesas: balbutiendo unas palabras, ecos de su honda tristeza, de su impotencia y su rabia. de su despecho y su pena!

IV

¿ Qué hará Aldonza cuando caiga? ¿ Qué hará Aldonza cuando él muera? Pensando en esto, al portillo de su vieja torre llega. —Paje, grita, mi buen paje! Y se aparece Cardeña, su pajecillo, en quien tiene confianza absoluta y ciega.

V

- Cardeña!

-Señor.

-Ya es hora.

¡Llegó la hora suprema! Ni tú ni vo viviremos mañana, cuando amanezca! -¿ Qué le digo á Doña Aldonza? -Que hoy he muerto en la pelea; que no en vano lloró tanto, al hundirse en las tinieblas el triste sol de esta tarde que se llevó mi existencia! Dile que mori luchando por su amor, por su belleza; que por ella lo di todo... como que todo era ella! Y aunque vivo así me ves, estoy muerto ya Cardeña, y muerto, así saber quiero qué hará, cuando ella lo sepa.

Dile que con seis soldados, vas á defender la puerta de este castillo...; no más que esos soldados nos quedan! Que es imposible vencer... Que sucumbir es de fuerza, que ya á la fuerza es inútil oponerle resistencia.... Dile que vendrá el de Soria, dile que, si se la entregas, que si has de entregarla viva... ó si has de entregarla muerta!...—Si dice que viva....

—Entonces si dice que "viva," déjala. —Si dice que muerta....

—Entonces

en su seno esta arma entierra; de un solo golpe, hasta el pomo, no le des tiempo á que enjugue el llanto que por mí vierta.—
Y al decir esto, Cristián se limpió con mano trémula una lágrima, y su daga

VI

Quedó sólo, quedó mudo como si fuese de piedra... Poco después oyó pasos... Después asomó Cardeña... v parten de los renglones. rápido, que no padezca; desnuda, entregó á Cardeña. Cardeña le da el acero... Cristián lo toma y lo besa. ¡Estaba tinto hasta el pomo de sangre...; Sangre que humea! -"Vamos, murmura Cristián, mis soldados!... los que quedan."-En seguida, del castillo se abrió la vetusta puerta, v sobre siete cadáveres, con las lanzas en las diestras, el de Soria y sus peones entraron hasta noventa... ¡Hasta la torre cuadrada de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.





ESPERANZA

I

"En vago tropel las nubes, del manso viento empujadas, sobre la faz de la luna se arremolinan y pasan. Parecen palomas negras, parecen palomas blancas, que ya sus alas confunden, que ya separan sus alas, que, ó velándolo del todo, ó en partes, van dispersadas, en el lago azul del cielo cercando el bajel de plata. En el cielo de mi dicha